

**Carta Pastoral**  
**con motivo del inicio del I Sínodo**  
**de la Arquidiócesis de la Santísima Trinidad**  
**de Buenos Aires**  
**2017-2020**

**Card. Mario A. Poli.**

Junio 2017

**Una evangelización ininterrumpida de cuatro siglos**

*Porque después de todo he comprendido*

*que lo que el árbol tiene de florido*

*vive de lo que tiene sepultado<sup>1</sup>.*

11. En los humildes comienzos de la Diócesis de la Santísima Trinidad de Buenos Aires, reconocemos nuestros orígenes. En los umbrales de la evangelización, las diócesis de Córdoba del Tucumán, con sede en Santiago del Estero (año 1570) y la de Buenos Aires (año 1620), se dividían todo el actual territorio nacional, a excepción de las Provincias de Cuyo que formaban parte de la diócesis de Santiago de Chile (desde 1562 hasta 1807). Nuestra Iglesia local nació como una diócesis sufragánea de la arquidiócesis de La Plata (año 1595), con sede en Charcas –actual Sucre en Bolivia–, y nuestro territorio era inconmensurable, pues inicialmente comprendía las provincias de Santa Fe, Corrientes, Entre Ríos, Buenos Aires hasta Tierra del Fuego (todas las provincias de la Patagonia), la parte oriental de Córdoba y Santiago del Estero, más todo el territorio del Uruguay y el Estado Brasileño de Río Grande<sup>2</sup>. Conforme pasaron los siglos, fueron surgiendo decenas de nuevos obispados, hasta que, elevada a Arquidiócesis (1865) quedó comprendida entre los límites de la actual Ciudad Autónoma de Buenos Aires con la Isla Martín García.
12. Pero no importa tanto la extensión del territorio, cuanto la grandiosa obra misionera que nos llegó como rica herencia. Todo comenzó cuando en 1620 arribó a Buenos Aires el primer sucesor de los apóstoles enviado por el Papa Paulo V, el carmelita Pedro de Carranza y Salinas. En el tiempo colonial la vida cotidiana fue muy sacrificada e imponía una gran austeridad de medios. No obstante, a medida que llegaban las familias religiosas, se abrieron los conventos de franciscanos, mercedarios, dominicos y jesuitas, los que junto a un puñado de sacerdotes del clero secular, iniciaron una gigantesca empresa evangelizadora que tuvo a los pueblos originarios como a sus principales destinatarios.

---

<sup>1</sup> Última estrofa del Soneto de Francisco Luis Bernárdez (1900-1978).

<sup>2</sup> Guillermo Furlong S.J.: Diócesis y obispos de la Argentina 1570-1947, en Separata del Anuario Católico Argentino, Buenos Aires, 1942, 21-26.

13. En la antigua diócesis de Buenos Aires se multiplicaron los espacios pastorales donde convivían numerosos pueblos de misión –verdadera síntesis entre evangelización y promoción humana–, como las numerosas reducciones de los tupí-guaraní, y otras tantas parcialidades indígenas; parroquias de indios, hospitales, escuelas de primeras letras, estudios de enseñanza media y grandes universidades, hospitales, monasterios de monjas contemplativas –carmelitas, clarisas, capuchinas–, las que sostuvieron la misión con sus oraciones y Santas Casas donde se predicaban los Ejercicios Ignacianos<sup>3</sup>. En las grandes ciudades se levantaban bellos templos parroquiales, frecuentados por españoles, criollos, mestizos, negros y mulatos: un crisol de razas unidas por la fe, en una convivencia pacífica. Los pobres, enfermos y moribundos de todas las clases sociales eran asistidos con caridad y consolados con los auxilios de la religión. La siembra evangélica caló hondo. Desde los primeros pasos de la evangelización, «la Iglesia, con la predicación y el bautismo y los demás sacramentos, contribuyó a comunicar un espíritu cristiano y evangélico que penetró la raíz misma de la cultura en gestación. Cooperó así a humanizarla en la medida de las limitaciones de toda obra humana. Fue el aporte de la fe cristiana a la naciente cultura»<sup>4</sup>.
14. Después del período independiente (Revolución 1810 - Independencia 1816), la Iglesia acompañó el proceso de la Patria naciente, a la vez que padeció el desencuentro de los argentinos durante años, no sin un deterioro de sus instituciones y capacidad pastoral. Ese estado de cosas duró varias décadas, y cuando parecían agudizarse las duras pruebas por una dirigencia reaccionaria a la fe, vino en su ayuda una providencial e inesperada visita. Como consecuencia de una colosal movilidad humana del siglo XIX, los inmigrantes que llegaron a nuestra tierra, no solo duplicaron el número de habitantes en pocos años, sino que introdujeron un renovado vigor a la Iglesia: «La inmigración que llega al país, preponderantemente de origen latino y católico, la afirmó en sus raíces más genuinas y permitió a los inmigrantes y a sus hijos una integración que llevará a éstos a contribuir activamente en la formación del país de los argentinos con todas las características que nos son propias»<sup>5</sup>. Al mismo tiempo, con este fenómeno social se hicieron presentes las comunidades cristianas de las Iglesias reformadas, y algo más tarde, también llegaron para quedarse, numerosas familias de origen islámico y judío. La convivencia pacífica y el intercambio cultural ha sido una nota distintiva en nuestros barrios porteños, hasta el día de hoy.

---

<sup>3</sup> Como las que fundó la Beata María Antonia Paz y Figueroa en La Rioja, Córdoba, Montevideo y Buenos Aires.

<sup>4</sup> Conferencia Episcopal Argentina, *Iglesia y comunidad Nacional*, 8 de mayo de 1981, 4.

<sup>5</sup> *Ibíd.*, 20.

## Buenos Aires del siglo XXI

*A mí se me hace cuento  
que empezó Buenos Aires:  
La juzgo tan eterna  
como el agua y el aire*<sup>6</sup>.

15. Al hacer memoria agradecida de nuestras raíces, entendemos mejor nuestro modo de ser. La ciudad que nos alberga muestra los rostros de hombres y mujeres que nos recuerdan que descendemos tanto de los toldos como de los barcos, aunque por momentos no parecen reconocerse como de una identidad común. La diversidad cultural es riqueza y ofrece a la Iglesia un desafío que el Evangelio es capaz de iluminar. El Sínodo tiene que mirar su historia para comprender su presente y sacar de sus reservas las fuerzas que nos permitan salir al encuentro de nuevas realidades humanas que nos toca evangelizar.
16. Hoy la compleja ciudad de Buenos Aires es nuestro lugar en el mundo. Quienes vivimos y caminamos por ella no podemos desconocer que se dan contrastes dolorosos. Alternan clases sociales de alto poder adquisitivo con sectores carenciados, donde la pobreza muestra sus peores rostros en sectores más vulnerables. Basta ver como ícono los nuevos y deslumbrantes edificios de cristal al lado de viviendas muy precarias, en las que viven argentinos y conviven con hermanos paraguayos, bolivianos y peruanos. En ese medio social donde la marginalidad castiga especialmente a niños y jóvenes –alta deserción escolar, falta de empleos, adicciones y tentaciones con salidas fáciles–. Este contraste social hace que la falta de equidad para amplios sectores genere violencia, muchas veces causada por necesidades básicas no satisfechas para sobrevivir en un medio tan adverso e inhumano. No obstante, la fe cristiana anima a multitud de familias de uno y de otro sector de la población y son mayoría los que viven de un trabajo honrado y crean vínculos familiares permanentes en base al amor y a valores cristianos que transmiten a sus hijos. Como pastores queremos acercar la fuerza redentora del Evangelio que siempre tiende puentes solidarios que superan ampliamente a las ideologías. Los pobres y los más humildes, al decir de un Padre de la Iglesia, «son las joyas con que la Iglesia se adorna para presentarse ante su Señor»<sup>7</sup>.
17. El Papa Francisco nos enseña: «Para la Iglesia la opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica. Dios les otorga “su primera misericordia”. Esta preferencia divina tiene consecuencias en la vida de fe de todos los cristianos, llamados a tener “los mismos sentimientos de Jesucristo” (Fhp 2,5). Inspirada en ella, la Iglesia hizo

---

<sup>6</sup> Jorge Luis Borges, *Fundación mítica de Buenos Aires*, en *Obras Completas. Tomo 1 (Obra poética)*. En colección: *Cuaderno San Martín (1929)*. Alianza. Págs.: 95-96.

<sup>7</sup> Aurelio Prudencio: *Peristephanon, Himno en honor de San Lorenzo*, en *Obras completas*, BAC, Madrid, 1981, 509.

una *opción por los pobres* entendida como una “forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia”. Esta opción –enseñaba Benedicto XVI– “está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza”. Por eso quiero una Iglesia pobre para los pobres. Ellos tienen mucho que enseñarnos. Además de participar del *sentido de la fe*, en sus propios dolores conocen al Cristo sufriente. Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos»<sup>8</sup>.

18. Convencidos de que no hay realidad urbana –social, cultural, laboral o humana en general–, a las que el Evangelio no pueda acudir, acompañar, iluminar y redimir, el Sínodo de la Iglesia que peregrina en Buenos Aires, quiere transitar todos los caminos del hombre y la mujer que comparten la vida y la fe en Dios, aunque más no sea para encontrarnos en los cruces de las calles y paseos para darles una Buena Noticia. Nos interesa escucharlos.

---

<sup>8</sup> *Evangelii Gaudium*, La alegría del Evangelio, 198.